

En «La Aurora Social»

Sobre el pantano

Los elementos jóvenes muestran hoy en el rostro las huellas del martirio y el gesto de agonía que en los postreros instantes se dibujara en los labios de la Doncella de Orleans. Y, sin embargo, los elementos jóvenes de «la América fragante de Cristóbal Colón» —que diría el egregio Rubén nicaragüense— pueden ser músculo en el gobierno republicano y pueden ser rayo de luz en las tinieblas de nuestras corrompidas instituciones. Ellos —con la fe de los mártires descritos por Chateaubriand, con el cerebro lleno de tendencias modernistas— han llevado hasta muy lejos el nombre de estas Américas desconocidas en territorios de Ultramar, en donde continúa predominando la creencia de que aún somos incas y somos aztecas en el sentido cultural. Ellos —con el enorme desinterés que caracteriza a los espíritus de lucha y de nobleza— han atacado en sus prosas de fuego las instituciones ya carcomidas por el polvo de las antiguas doctrinas de fanatismo y de farsa, y han cantado en odas y en sonetos las grandezas todas del territorio en que la espada de Bolívar fué de llamas y fué de bronce la pluma de Montalvo. Ellos —con la vista fija en el porvenir de las sociedades latinoamericanas, con el heroísmo de los colombianos en una batalla de Palo Negro, con el vigor de los españoles en Bailén y en Zaragoza— han luchado y continúan luchando por el triunfo de los ideales de regeneración, por el implantamiento de las reformas de Liberalismo, por la abolición de las tiranías en el suelo colombiano, por la libre emisión del pensamiento, por la independencia verdadera de los espíritus que aún yacen cubiertos con capa de fanatismo medioeval!

Y, sin embargo, los elementos jóvenes yacen agonizantes en los rincones de la sombra. La juven-

tud intelectual, la juventud de brío y de revolución gasta inútilmente sus energías y su mentalidad.

¿En dónde la voz de aliento? ¿En dónde la mano protectora? Por eso, en la boca de la juventud pensante, yo miro dibujarse la última sonrisa desdeñosa del sabio Sócrates o la última mueca despreciativa de Galileo. La juventud intelectual agoniza lentamente en una atmósfera en que triunfan los carniceros y encuentran protección los tontos de capirote, las notabilidades parroquianas y los idiotas pereditarios. El desaliento se impone en los espíritus más bizarros. Luchar, luchar sin entrever un oasis en la lejanía de la ruta, es labor que sólo resisten los almirantes de Génova. La juventud de ensueño y de talento muere en un ambiente de miseria intelectual y de negocios turbios. No se puede llegar al cráter del Vesubio sin un apoyo. La palanca que anhelaba Arquimides es necesaria en todas las ascensiones y en todos los minutos de batallar...

Y, mientras tanto, la juventud se emborracha de melancolía y se prostituye en el lupanar de la desesperación. ¿Cómo queréis que no habite sobre el pantano si le han cortado las alas y no puede volar hacia la cumbre del Himalaya? ¿Cómo queréis que ascienda al Momotombo si no existe el brazo protector que le dé los empujes iniciadores? Por eso, porque en el festín de la República son preferidos los Judas y los idiotas por vía hereditaria; por eso, porque los tontos del capirote son quienes hacen su agosto en el festín de la República; por eso la juventud de ensueño y de talento está mostrando en su faz algo semejante a la última mueca despreciativa de Galileo...

Miguel Angel Casal

San José, C. R.

NOTA.—Sobre este mismo tema saldrá en el próximo número un artículo del Director de esta hoja.

Los obreros en el Congreso

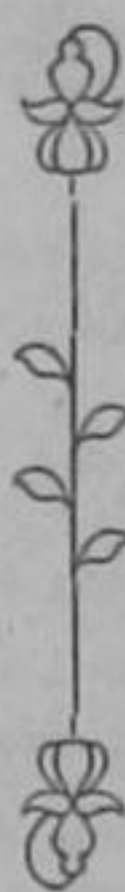
El compañero don Jesús Romero ha elevado a la consideración de la Cámara una solicitud de beca para estudiar en el extranjero el arte de la tipografía y sus ramos.

El proyecto tiene una iniciativa simpática porque tiende al mejoramiento de las clases trabajadoras del país y es ahora el momento esperado para que los señores diputados hagan sus gestiones provechosas por el obrero, pues así como el señor Romero hace su iniciativa, hay entre los gre-

mios trabajadores del país elementos jóvenes, de virtud, honradez y constancia reconocidas que perfectamente pueden ir al exterior a perfeccionarse en sus respectivos oficios, para que sea menos aislado y más general el adelanto tan necesario que se hace en las artes y en los oficios del país.

Justa y noble es toda idea de mejoramiento y ojalá en el Supremo Congreso sirva de base la iniciativa del señor Romero para que se haga extensiva a los demás gremios de artesanos.

ADULTERA



Pasas como una ráfaga plateada
Con tus senos marchitos del pecado
Y en la triste luz de tu mirada
Brotan torrentes de pudor manchado,
Esclava vives de tu propia vida,
Tu reino es el imperio de la muerte,
Y tu ambición, tu libertad, tu suerte,
Símbolo son de tu pasión mentida.

La raza humana se horroriza al verte
Lucir la roja sangre de tus piedras,
Sin llegar profana a comprenderte!

Mas, cuando ya tu corazón de ofita
Se encuentre helado bajo sombras negras,
Sobre tu fosa escribiré: «¡Maldita!»

PEDRO ROA

Resonancias centroamericanas

MIS IDEALES

Luchar por la unión es un deber. — Buscar los medios para llegar a ella es un apostolado.

Así exclamé cuando por mera casualidad llegó a mis manos la simpática hoja periódica bautizada con el sugestivo nombre de «La Aurora Social», órgano de publicación de la tierra clásica de las verdaderas libertades.

Grata impresión causó en mi su lectura, a mi mente se agolparon sublimes concepciones y me remonté a regiones desconocidas, pues me pareció estar leyendo a veces a Juan Montalvo y otras a Manuel Ugarte.

¡Que bella alucinación!

El primero con los rayos de Júpiter en su diestra, para descubrir tiranos; al segundo con su morral al hombro y su lira de poeta, predicando como un misionero de alta escuela la solidaridad de la raza latinoamericana, con aquel sencillo y florido lenguaje, que sólo es dado poseer a esos seres predestinados que pasan por la tierra dejando una estepa luminosa de saludables enseñanzas.

Soy de aquellos que se descubren ante el talento, no ante el becero de oro o el aristócrata «bolero», por humildes que sean esos que llevan en su corazón nobles sentimientos y en su cerebro ideas regeneradoras, porque siempre he sido y soy ferviente admirador de esos leales defensores que llevan mojada su pluma en tinta roja, ya para lanzar anatemas a los trasgresores de la ley y conculcadores del derecho, que no quieren darle a los obreros lo que por derecho natural les corresponde; ya protestando contra el pésimo trato y soez bocavulario de algunos patronos o jefes de taller, valiéndose de fútiles pretextos para quitarles el pan cotidiano, talvez a antiguos operarios que, como máquinas automáticas, han hecho llegar a borbotones a sus insondables bolsillos el argentino metal blanco; lo mismo que para, enaltecer a los benefactores de la humanidad, que de tiempo en tiempo han apareci-

do como estrellas de primera magnitud en el límpido cielo de nuestra disgregada patria,

Yo, que desde los albores de mi juventud he sido un convencido luchador de tan grande ideal, poniendo mi grano de arena en ese grandioso edificio, elaborando a medida de mis escasas facultades por el engrandecimiento moral y material de la clase obrera, a la que tengo a mucha honra pertener; ora en el seno de las sociedades a que he pertenecido, ora en los órganos de la prensa.

Y aquí cabe hacer un pequeño paréntesis. Corría el año de 96, no puedo precisar la fecha, publiqué varios artículos en un periódico órgano de los intereses del cuerpo tipográfico de El Salvador (mi patria). Uno de ellos mereció el honor de ser reproducido en una hoja periódica que a la sazón se editaba en la patria de los Mora y Santamaría. Aunque en síntesis, externé en dicho «artículo», mis ideas y tendencias en pro de mi clase, quizá inspirado por la lectura de los maestros del socialismo bien entendido.

**

Ojalá sirviera como lección objetiva a la Sociedad de Artesanos «El Progreso» de Tegucigalpa, esa evolución social que simultáneamente se opera en tres de nuestras hermanas, Guatemala, Costa Rica y El Salvador, dando una prueba de altruismo y dejando a un lado ese estacionarismo en que yace, buscando nuevos derroteros en la marcha impulsiva de otros pueblos, ávidos de adelanto y engrandecimiento, porque me resisto a creer que en el seno de ella no haya hombres patriotas que se interesen por una corporación que está llamada a fines muy elevados.

Recibid, pues, por tan meritoria labor, valientes luchadores, un apretón de manos y el afectuoso saludo que desde la hospitalaria tierra de los pinares os dirige vuestro correligionario y amigo,

J. A. JIMENEZ

Tegucigalpa, mayo de 1914.